

Prólogo

*U*n hospital siempre impone respeto e induce a un silencio claustral que tienta a suaves pisadas y hablar contenido. Para muchos un hospital les trae recuerdos, ciertos o imaginarios, de un lugar sombrío que habla de enfermos y de muerte. Pero no es así: en los hospitales late la vida a borbotones y aunque es cierto que es lugar donde fallecen muchas personas, son muchas más las que recuperan su salud y son devueltos a sus casas con una nueva esperanza, una alegría de vivir contagiosa, un nuevo horizonte vital pleno de promesas. La vida sin hospitales no es concebible porque es el lugar donde se concentra el saber de una ciencia, la medicina, que restablece a los seres humanos de sus debilidades somáticas y psíquicas. La investigación biomédica avanza a pasos agigantados y lo que todavía hace unos pocos años determinadas enfermedades tenían un futuro de consecuencias fatales, hoy se puede afirmar que se curan muchas de ellas y se cronifican otras con un tenor de vida bastante satisfactorio.

Este libro que tiene en sus manos, estimado lector, está escrito por una de las personas que acumula mayor experiencia en el conocimiento de lo que se cuece en un hospital, en el que los pacientes son los protagonistas. Miguel Ángel Monge, médico y sacerdote, trabaja como capellán de la Clínica Universidad de Navarra desde hace más de cuarenta años y sabe mucho más de lo que ha escrito en este libro. Y es lógico que sea así: no todo se puede ni se debe contar.

Lo que cuenta Miguel Ángel, como él mismo afirma, es el lado positivo de la vida, lo que termina bien y en medio de todo eso los avatares de las vidas de muchas personas en las que, en ocasiones, nos podemos ver reflejados. En última instancia, un capellán de un hospital no solo ve el lado enfermo de las personas, también procura con gran abnegación muchas veces, conquistar con cariño y dedicación el alma de esas personas. Como afirma una de las hermanas, Masha, en «Tres hermanas» de Chéjov: Para mí el hombre tiene que tener fe o buscársela. Si no, la vida está vacía...vivir y no saber por qué vuelan las grullas, por qué nacen los niños, por qué existen las estrellas. O se sabe por qué se vive o la vida es una broma idiota”.

El capellán de un hospital no es solo alguien que visita a los pacientes hospitalizados y procura entretenerles con una conversación más o menos amena. Ni siquiera es solo quien atiende y administra los sacramentos a quienes lo solicitan, siendo todo esto muy importante. Su misión es de una índole más profunda: ayuda a los pacientes a elevar la mirada más allá de las efímeras circunstancias que le rodean por muy tristes y dolorosas que sean para mostrarle un horizonte que trasciende las penosas circunstancias que muchas

veces envuelven nuestra vida . Su misión es mostrar la luz frente a la finitud humana y que la mirada interior del paciente se pose en ella para encontrar la paz que tanto ansía.

Con motivo de una enfermedad muchos pacientes descubren en el silencio de su habitación y en los ratos de soledad –muchas veces largos e insoportables– un nuevo sentido a sus existencia, vacía hasta entonces. Para muchos es la primera vez que realizan un ejercicio de esta índole y su mirada interior se llena de asombro al vislumbrar otras realidades en las que hasta entonces no habían reparado. En palabras de C.S. Lewis; «el dolor es un gran megáfono que Dios utiliza para despertar a los sordos».

Las muchas y variadas anécdotas reales que cuenta Miguel Ángel, son vivencias que tocan el corazón, que emocionan y se descubren algo tan real como obvio: el ser humano posee aspiraciones de eternidad aunque quizá no sea del todo consciente porque frecuentemente vive en medio de un ruido que le impide aguzar el oído.

Francisco Errasti

Director general de la CUN (1984-1997)

Director general del CIMA (2002-2013)